

José Lladó: un espíritu emprendedor de sólidos principios

Rodolfo Martín Villa

“Umbrío por la pena, casi bruno,
porque la pena tizna cuando estalla,
donde yo me hallo no se halla
hombre más apenado que ninguno”

Miguel Hernández, *Umbrío por la pena*, bien cantado por Joan Manuel Serrat

De José Lladó supe su existencia en octubre del 58 del siglo ya pasado. Se inauguraba el curso en el viejo caserón de San Bernardo, en el Paraninfo de la Universidad de Madrid, hoy llamada Complutense. José recibía un premio muy notable derivado de su licenciatura en Ciencias, en este caso Químicas, que con brillantez había culminado.

En España, la Universidad ya no era el erial en que quedó por represalias de vencedores y vencidos en la más incivil de nuestras guerras. Quienes vencieron rehabilitaron a los *suyos*, y Ruiz-Giménez, Laín y algunos más también lo hicieron con una parte no desdeñable de los *otros*.

En ese tiempo José pensó en optar a una cátedra, la de Química Industrial. Pero surgió el impulso emprendedor que tanto y tan bien se ha destacado en estos días. Mas los valores y principios del universitario

al que “nada de lo humano le es ajeno” están siempre presentes en su insuperable actuación empresarial.

Y hablando de valores y principios, mucho tuvieron que ver con que José, ya licenciado, cursara, un solo curso, en Ávila y en su Seminario Diocesano.

Soy de los que cree que su estancia allí también buscaba superar lo del camello y el ojo de la aguja, y hoy estoy seguro de que José ya habita en el Reino que algunos llamamos de los Cielos.

Quizá por entonces profundiza en que no es posible defender en las empresas ser liberal cuando se gana y pretender socializar cuando se pierde.

Sucede además que en aquel Seminario conoce a Olegario González de Cardedal, nacido como él y como yo en 1934. Los tres amigos -José y yo matrimoniados con Pilares, y Olegario con su Iglesia- hemos recorrido juntos más que media España, casi siempre lucrándonos de las enseñanzas del teólogo, y a su sombra.

Con vecinos de Cardedal, su pueblo hoy vacío, y de Lastra del Cano, hoy su Ayuntamiento, amigos y parientes *invadimos* Roma para acompañar a Olegario a recibir el Premio Ratzinger, premio Nobel de la Teología. Se lo entregó el Papa Benedicto, quien seguro se acordaba de que un barbilampiño español en doctorando le había corregido, no poco, en un artículo una determinada tesis teológica.

Menos mal que el catedrático de Múnich no había llegado aún a ser el Papa y que la pontificia infalibilidad estaba ya en desuso.

En uno de nuestros recorridos fuimos a Asturias a conocer el bar -lo llaman *chigre* en asturiano-, y la fonda de Perlorá donde comían y se alojaban, tras huir del Madrid republicano de 1936, Mauricia, la madre de José, y sus tres hijos mayores, José, Mauricia y Juan. Lo cierto es que

Mauricia, Mauricio madre, estaba, y no poco, preocupada por Juan, Juan padre, que vivía en Barcelona ocupándose de las cosas del banco que allí su marido dirigía.

Vivir y trabajar en Barcelona aquellos años, también republicanos, fue suficiente para que al final de la incivil guerra fuera encarcelado. Y eso que en Madrid, en la calle de Hermosilla, mismo edificio y mismo portal, habían vivido los Lladó y el general Francisco Franco.

Por todo ello, Juan Lladó, Juan padre, debió de estallar, y no poco, de alegría cuando pasadas cuatro décadas de años, José, su hijo, fue nombrado ministro del Gobierno presidido por Suárez, aquel muchacho de Cebreros. En menos de los doce meses que hacen un año -junio de 1976, junio de 1977-, con aquel Gobierno España se devolvió a los españoles, sin un solo preso político en la cárcel, sin un español en el exilio.

Después de la abdicación en 2013, José fue el anfitrión en comidas del Rey Juan Carlos con ministros de aquel Gobierno por Suárez presidido. Lo componíamos, en 1976, veinte personas. Éramos la mitad en 2013. Con el ingreso de José en el Reino de los Cielos, solo quedamos Marcelino Oreja y yo en este Reino.

Se nos ha ido el que afirmaba, con su humor de siempre, que el matrimonio es cosa buena, cosa muy buena, mas resulta un tanto larga. Quien estuvo en matrimonio muchos años, más de sesenta, nos ha dejado el pasado 14 de febrero, día que a José muy bien le iba. Pues enamorado, y bien enamorado, estuvo de Pilita, a quien en el entierro muchos rodeamos. La enorme pena de toda una familia -desde Pilita a Manolo, el único bisnieto- si se reparte entre muchos resulta, aunque profunda, llevadera.

Y como en este tiempo sus tecnologías permiten que se hable y se escuche a distancias siderales, podríamos conversar hoy todos, amigos y familia, con José. Estamos “tiznados” por la pena, pero también deseamos decirle, otra vez con el poeta de Orihuela que, aunque llorando, queremos ser los hortelanos de la tierra que ocupa y estercola, “compañero del alma, compañero”.